

## El papel de la fiesta en la conformación de la identidad étnica huichol\*

### Presentación

Este trabajo pretende reflexionar sobre algunos de los elementos básicos que participan en la conformación de la identidad étnica, entendida, en términos amplios, como sentido de pertenencia a un grupo. Deja de lado las discusiones teóricas y los arduos debates sobre la correcta definición científica de la identidad para centrarse en los datos que la experiencia del trabajo de campo ofrece al etnólogo, puesto que lo esencial es preguntarse cómo se construye y por qué lo visible son acciones, hechos y gestos encaminados a un fin cuyo nombre no importa demasiado. Por eso, partimos de la memoria que tenemos de nuestra convivencia con los huicholes y de la imagen unificadora que nos presenta la reconstrucción articulada de algunos de los aspectos de su realidad sociocultural.

Lo esencial es no perder de vista que toda identidad surge de un constante proceso de ir y venir entre la igualdad y la diferencia, entre lo nuevo y lo viejo. Todos los grupos construyen mecanismos de distinción para no confundirse con sus vecinos, con los otros; para poder decir “nosotros somos”. En todos ellos, el simbolismo aparece como la capacidad que permite la distinción y la apropiación particular de espacios, actividades, sentimientos o vivencias comunes. Lo simbólico recubre cada uno de los elementos culturales que son patrimonio de un grupo social y los imprime de las cualidades específicas, los valores y los significados propios para que se conviertan en aspectos de su identidad.

Por lo mismo, nuestro ensayo tendrá más un carácter descriptivo que interpretativo —si es que podemos separar mínimamente estos dos niveles en el análisis de la etnicidad—, pero quiere, al menos, señalar aquellos temas sobre los que puede ser fructífero aplicar los esquemas y concepciones propias de la antropología simbólica para contextualizar la pertinencia y el ámbito de la identidad étnica.

### Interetnicidad e intraetnicidad

En primer lugar, podemos distinguir dos direcciones distintas, pero a menudo entrelazadas, que siguen los procesos sociales en su conformación de ámbitos de identidad.

En el contexto de las relaciones que un grupo mantiene con las demás agrupaciones que comparten un mismo espacio mayor social, político o cultural —llámese nación, continente o civilización—, la identidad se presenta como una autoafirmación de sus valores, creencias y normas, y una negación, minusvalorización o puesta entre paréntesis de las demás; es decir, en el plano de las relaciones interétnicas, en función de la definición de sí mismos, los grupos humanos mantienen vínculos diferenciales: la división más abstracta y genérica de la realidad es la que se establece entre lo que es de uno, lo propio (sentido de pertenencia) y lo que es ajeno (sentido de ausencia). El juego posible entre ambos extremos señala los límites de la identidad, cuyo aspecto dinámico lo constitu-

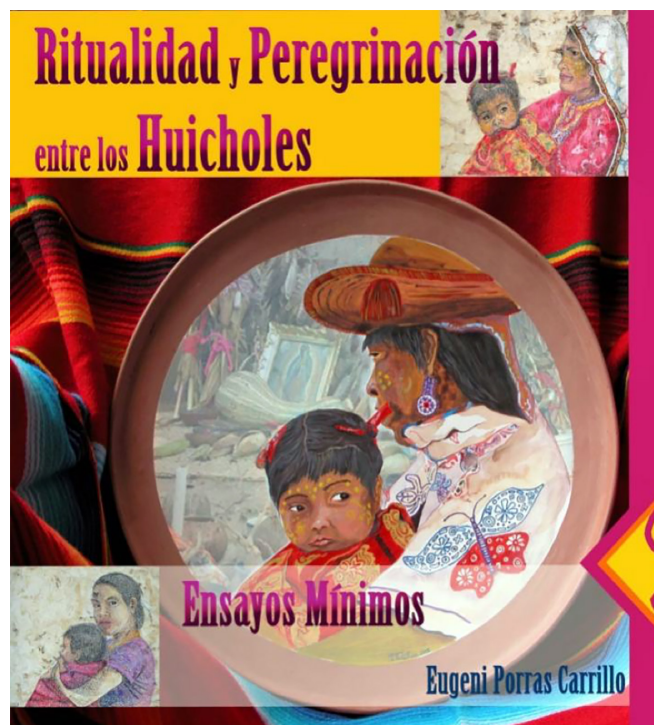


Figura 1. *Ritualidad y peregrinación entre los huicholes. Ensayos mínimos*, año de edición 2009.

\* Ponencia presentada en el Simposio Internacional. Texto publicado en (1990). *Identidad cultural y modernidad: nuevos modelos de relaciones culturales*. Barcelona: Federación Catalana de Asociaciones y Clubes UNESCO.

ye ese continuo proceso de selección, rechazo y apropiación de significados y símbolos que propicia la interétnicidad. En nuestro caso, los huicholes se denominan a sí mismos wurrárikas, mientras que a los demás, mestizos u otros indígenas, les llaman téhuaris.

Por otra parte, aparecen nuevos elementos cuando se profundiza en la estructura de las agrupaciones sociales; en el sistema de relaciones que mantienen entre sí sus miembros e instituciones, y en la manera como se articulan las acciones y concepciones mediante las cuales se asegura su continuidad en el tiempo y su supervivencia en el espacio. Es a este ámbito intraétnico al que nos referimos mayormente en nuestro texto.

## Identidad étnica y territorio

El territorio es, junto con la lengua, uno de los principales componentes de la identidad étnica. En algunos casos no es necesario que sea un lugar geográfico fijo o estable: existen palestinos sin Palestina y hubo judíos sin Israel, pero todos, en algún presente, viven o vivieron en espacios terrestres, en contextos de naturaleza que recortan las extensiones territoriales de los demás y establecen fronteras étnicas. A efectos de nuestra exposición, lo importante es la existencia de normas, conductas y cosmovisiones compartidas que regulan la apropiación, simbólica y materialmente, de todo territorio.

El territorio que habitan los huicholes es comunal de acuerdo con el sistema mexicano de tenencia de la tierra; es decir, pertenece a cada una de las cinco comunidades en que se distribuye la población. El patrón de asentamiento está formado por un núcleo central, la comunidad —que también cumple la función de centro ceremonial—, alrededor del cual se sitúa una constelación de rancherías integradas por familias extensas que, a su vez, pueden adherirse a otros centros ceremoniales menores. La representación esquemática sería la de un círculo que contiene en su seno un número variable de otros círculos cada vez más pequeños hasta llegar al clan familiar —que también posee su propio espacio ceremonial, o sea, el lugar donde se concentran los símbolos de su fe, tradiciones y creencias, y se realizan los ritos que enlazan al grupo con su pasado, con sus antepasados y con su futuro o proyecto de sociedad.

La adscripción a alguno de esos territorios es, sin duda, un factor creador de identidad. Interétnicamente, uno es un wurrárika en abstracto, pero intraétnicamente, uno es de Santa Catarina, de San Sebastián, de Tuxpan de Bolaños, de Guadalupe Ocotán o de San Andrés Coamiata; también de Las Guayabas, San José, Santa Bárbara, San Miguel o San Andrés, cuando el interlocutor es de esta última comunidad.

Además del sentimiento de procedencia de un territorio, se da un uso y distribución de este que señala lugares especiales a través de los cuales se crean y recrean las posibilidades de acción social y de conformación e intercambio grupal. De

modo que una comunidad huichol está constituida por ese conjunto de microterritorios con funciones bien delimitadas, cuyo uso y simbolismo señala los avatares de la etnia y que, al mismo tiempo, suministra muchos de los datos con los que opera su memoria selectiva. En el caso de la comunidad de San Andrés Coamiata, Jalisco, cuyo nombre en wurrárika es Tatei Kíé, la “casa de nuestra madre”, podemos distinguir:

a) El espacio de trabajo, formado básicamente por las tierras de cultivo y pastoreo, pero a las que se puede añadir las posibles instalaciones de granjas, talleres, carpinterías y otros espacios que tienen que ver con el trabajo productivo materialmente. La milpa, el lugar donde se siembra el maíz, la calabaza y el frijol, es uno de los espacios ligados íntimamente a la conciencia de identidad, sin el cual el mundo casi no puede ser pensado. Su ausencia señala la presencia de lo ajeno.

b) El tokipa o centro ceremonial tradicional constituido por el tuki o caligüey. Es una construcción circular con una sola puerta orientada hacia la salida del sol; paredes de adobe y un alto techo cónico de zacate, en donde se realizan las ceremonias más íntimas del grupo y se concentran los símbolos más arraigados que unen a sus miembros con el mundo y las fuerzas sobrenaturales. A su alrededor hay un número variable de pequeñas casitas o adoratorios denominados ririkis, donde se guardan los implementos que se van a utilizar en las ceremonias, donde se cocina y también se puede descansar o dormir. Los responsables de estos espacios, quienes los cuidan y les dan vida, son miembros de la comunidad que forman parte del sistema de cargos y autoridades al que más adelante nos referimos. Es en estos espacios donde residen, invisibles, las divinidades, seres míticos o antepasados que aparecieron originalmente y que moran eternamente en otros lugares (cuevas, lagos, manantiales, etc), a menudo convertidos en piedras o agujeros.

c) El teyeupani, pequeña capilla que data de la época de la evangelización franciscana (siglo XVIII) y que ha sufrido una serie de continuas destrucciones y reconstrucciones en ese largo proceso de apropiación y resistencia frente a la religión católica impuesta desde el exterior. En este recinto tienen también lugar otro conjunto de ceremonias y rituales cuya originalidad se desprende de la obligada articulación de elementos externos (el sistema de santos e imágenes) con las concepciones cosmogónicas y las ideas propias en torno a lo divino o sobrenatural. Un sistema de mayordomías se encarga del cuidado de los ídolos-imágenes católicas y de la organización de su culto.

d) La casa de gobierno, que en algunos lugares se llama casa real, espacio donde las autoridades civiles tradicionales se reúnen para resolver asuntos de su competencia, deliberar, juzgar y tomar decisiones. Aquí el símbolo fundamental lo constituye la mesa de las autoridades, si-

tuada fuera del edificio, en torno a la que se instalan los miembros que controlan el poder político y religioso para presidir los actos y ceremonias públicas. Junto a la casa de gobierno se encuentra la pequeña cárcel con su cepo correspondiente, en donde son introducidos los pies de aquellos que se han hecho acreedores de alguna condena. Frente a ella está el ririki donde se guardan las varas de mando, señal de autoridad y símbolo de que se participa de la mesa y del banco; a su lado, el palo al que se amarran los animales que son sacrificados en las ocasiones que lo ameritan: prácticamente en toda fiesta.

e) La casa de la comunidad, edificio rectangular que contiene un altar de piedra en donde se colocan las imágenes y objetos ceremoniales, en la parte oriental, y largos bancos de madera para la gente que, en las ocasiones precisas, se junta a escuchar el canto de los marakate (chamanes, curanderos o cantadores...), por medio de los cuales se relata el pasado no escrito del grupo y las hazañas de sus héroes culturales como modelos a imitar o códigos de comportamiento.

f) Las casas de las autoridades y de los otros cuatro centros ceremoniales que se encuentran representados dentro de la comunidad.

Salvo el tuki, que se encuentra a unos doscientos metros del centro, el resto de los lugares citados se agrupan en un cuadrado alrededor de un gran espacio vacío o plaza por donde se transita de un espacio a otro.

## Sistema de cargos e identidad

Otro factor básico de identidad tiene que ver con la organización social y las características del gobierno tradicional que actúa por encima del sistema institucional, en el sentido de que tienen mayor relevancia. Ocupar alguno de los muchos cargos que contempla el sistema de gobierno y control de los asuntos civiles y espirituales conlleva el cumplimiento de ciertos deberes e implica la defensa y difusión de éstos. Pasar por dichos puestos es un requisito para ser aceptado y respetado por la comunidad como miembro de pleno derecho. El sistema es tan amplio y funciona en forma tan obligatoria que nadie queda excluido de ese servicio público del que no se obtienen beneficios materiales (al menos directamente por el ejercicio del poder), sino el reconocimiento popular traducido en una mayor o menor dosis de prestigio, dependiendo de los resultados obtenidos en el periodo de gestión.

Los kawiteri o grupo de ancianos —sin que sea la edad el criterio clasificador sino el grado de conocimientos— son la cúspide de esta estructura organizativa. Todos ellos han pasado por la mayoría de los cargos político-religiosos que existen, han almacenado suficiente experiencia del tiempo vivido y han obtenido el saber propio que otorga la vejez, por lo que son el testimonio vivo del pasado y los acumuladores de la his-

toria del grupo. Su principal función es la de designar a los individuos que desempeñarán los diversos puestos en la organización tradicional. Se auxilian de los sueños y ensoñaciones naturales o provocadas (una forma del manejo de símbolos) para determinar quiénes son los candidatos propicios.

Las autoridades civiles tradicionales son presididas por un gobernador, tlatoani, a quien acompaña un segundo gobernador, un alguacil, un juez, un comandante o jefe de policía y los comisarios de los respectivos centros ceremoniales que pertenecen a cada comunidad. Los puestos principales cuentan con varios ayudantes, los topiles, que actúan como emisarios y policías. El papel de estos cargos es el propio de todo gobierno: velar por el mantenimiento del orden y la paz social; resolver los problemas que se presentan en el ámbito de las relaciones sociales, y mediar frente a las instancias del sistema político-económico exterior, representando intereses comunitarios ante los requerimientos e intromisiones de la sociedad mayor, la mexicana, de la que forman parte los huicholes. La duración de todos esos cargos es anual.

Más difícil de determinar es el número de los encargados y miembros del kaligüey o centro religioso de la comunidad. Existe un responsable principal, el tzaurírka, quien, auxilia-



Figura 2. Porras, E. (1984). El Ranchito cerca de Guadalupe Ocotán.



do por dos ayudantes, durante cinco años debe de velar por el cabal cumplimiento del culto a los dioses, antepasados y seres míticos que se encarnan en las figuras del resto de los miembros, que en total pueden llegar hasta treinta y reciben el nombre del personaje al que representan o encarnan. También son ellos los encargados de designar las fechas de las celebraciones tradicionales; determinar las necesidades de ofrendas o ritos propiciatorios especiales, y organizar las peregrinaciones a los lugares externos al espacio comunitario (cuevas, manantiales, cerros, desierto, etc.) en donde moran los patrones o dioses. Todos estos cargos duran cinco años y cada uno de los portadores posee una jícara de calabaza —de ahí que se les llame jicareros— y una pequeña flecha votiva de carrizo que, en su momento, transmitirá a su sucesor.

Por otro lado, se encuentran los mayordomos o maritomas, encargados de las imágenes de los santos y cristos que también participan en las diferentes celebraciones que a lo largo del año lleva a cabo el grupo para reafirmar su sistema de creencias. Igualmente, su cargo es por cinco años y tienen bajo su mando a varios auxiliares para funciones específicas como el cuidado de las imágenes y la limpieza del teyeupani.

Los cargos institucionales —como el secretario municipal o representante de la cabecera municipal en la comunidad, el comisario de bienes comunales y representantes de otras dependencias de gobierno, así como los maestros de la escuela primaria— son siempre considerados especialmente e invitados de honor en las fiestas y actos públicos: pueden opinar, pero no tienen una función decisoria ni participan activamente en los asuntos más tradicionales, sino que, hasta cierto punto, en muchas ocasiones representan las tendencias desidentificadoras del grupo, propiciadas por la desigual relación aculturativa frente al exterior.

## Identidad, tiempo y fiesta

El dominio del tiempo es, juntamente con el control del espacio, la otra gran coordenada que integra los elementos más significativos en la construcción de la identidad étnica, la cual requiere siempre de apropiarse de la memoria grupal, llámese mítica, histórica u oral. Las angustiantes preguntas “¿quiénes somos?” “¿de dónde venimos?” y “¿hacia dónde hemos de ir?” encuentran respuesta en la costumbre, y los sabios, ancianos, chamanes y gobernadores son los depositarios de las huellas del tiempo. Tiempo de lluvia, tiempo de sequía; tiempo de siembra, tiempo de cosecha; tiempo de trabajar, tiempo de celebrar... Dialogar con el tiempo es imprescindible para sobrevivir. No todos los momentos son idóneos para determinada acción y cada grupo decide el cuándo, manifestando con ello su etnicidad y mostrando el nivel de relación con la naturaleza, el manejo de los ritmos que la mantienen viva y el conocimiento de los ciclos que hacen posible la confianza en el mañana.

La fiesta, como hecho social total, reúne gran número de expresiones que tienen que ver íntimamente con la identidad

étnica. A través de ella se articulan, reproducen y se hacen significativos los aspectos antes someramente mencionados. En el plano interétnico, todo sistema de fiestas compartido por un grupo se opone a y se diferencia de los que comparten los demás, los otros. Con sumo orgullo, casi todos dudan de que en otras partes puedan celebrar las fiestas con el mismo esplendor que las suyas. En las mismas se trata de crear y reproducir elementos diferenciales del resto de los vecinos, y las posibles asimilaciones, sincretismos o adaptaciones que se producen forman parte intrínseca de aquel proceso. En el plano intraétnico, la fiesta señala los momentos adecuados para el desarrollo de las actividades; crea las condiciones para que se haga visible lo que, invisible, constituye la razón de ser del grupo. La fiesta critica, valora, cuestiona, pero también fundamenta el orden profano, la vida cotidiana en sentido restringido, al permitir la irrupción de la esfera sagrada y de los elementos que la nutren.

El ciclo festivo huichol representa las concepciones y valores más íntimos que constituyen su etnicidad. Como la serie de actos de una obra teatral, escenifica el desarrollo de la etnia, su paso por el presente. Testimonio de ser, el ciclo festivo enlaza los momentos de apertura a un más allá de lo individual y crea la conciencia de colectividad, otra forma abstracta de referirse a la identidad.

Territorialmente, las fiestas agrupan a los huicholes en un espacio y, a la vez, definen espacios para cada uno de los individuos, cumpliendo con ello una función endoculturativa: aprender a ubicarse. En ellas conviven miembros de diferentes colectividades que establecen entre sí relaciones de intercambio material y simbólico, condición necesaria para el poblamiento de un territorio.

En estos intercambios circulan mercancías y también se reparten funciones y se adquieren compromisos que perpetúan la organización tradicional de la etnia. Tal es el significado de la fiesta del volteo de la mesa de las autoridades del 4 de junio; de alguna manera, clausura el ciclo festivo, que se inicia con la puesta en pie de ésta el 4 de octubre (después de que pasó la temporada de lluvias, tiempo sin fiestas comunales) e incluye la elección de nuevos cargos religiosos (el cambio de maritomas del 12 de diciembre) y de las autoridades civiles tradicionales (el 6 de enero). Ese subgrupo festivo constituye una respuesta a la presión exterior por imponer una forma determinada de organización grupal que viene de los tiempos coloniales a través del proceso de evangelización, como lo demuestra el nombre que reciben los encargados de las funciones que atienden.

En el otro subgrupo de fiestas, la comunidad huichol da respuesta a sus requerimientos de comunicación sagrada con la naturaleza y con las poderosas fuerzas que rigen sus destinos. También aquí podemos hacer una división entre aquellas cuya celebración sigue el calendario católico y las que se guían por el ciclo natural o agrícola. Las primeras son las pachitas, original carnaval en el que el sentido de los hechos



Lugares sagrados wírratirari

poco tiene que ver con el carnaval occidental, y la Semana Santa, en donde conviven el pensamiento católico y el pensamiento autóctono sobre la muerte y la resurrección. Las segundas son Tatei Nerra, fiesta de la purificación de la cosecha e iniciación de los niños, cuando el maíz está a punto; y Hícuri Nerra, fiesta del peyote y de bendición del coamil o lugar donde se va a sembrar, que se celebra a finales de mayo o principios de junio, cuando la gente empieza a preparar la tierra para la siembra. Ambas denotan con su nombre el grado de tradicionalidad y destacan el elemento primordial, la danza, en el significado del término nerra.

También el canto es un elemento imprescindible y presente en toda fiesta. Por medio de la voz del marakame hablan los dioses, los antepasados y las fuerzas sobrehumanas para contar qué sucedió y qué hay que hacer. Tampoco hay canto

sin fiesta. A través de este, el huichol tiene acceso a su memoria étnica y la actualiza constantemente, sin lo cual no es posible poseer identidad.

### Finale

No es la función de esta ponencia, ni cabe en tan corto texto, un análisis detallado de todos los actos y elementos que operan en cada una de las fiestas para ayudar a conformar la identidad wírrárika. Lo dicho hasta ahora puede considerarse como un prólogo o una provocación para profundizar posteriormente, pero creemos que es suficiente para mostrar la importancia que se le debe otorgar a lo festivo como factor generador de etnicidad y articulador del simbolismo latente entre las colectividades indígenas.

